

Lecce, 14 de abril de 1949

Mi querido compañero de viaje,



La verdad es que no sé que me pasó al verla después de todos estos años. Tan imponente, bella y majestuosa, como la recordaba. No, más, ¡mucho más! Ella -voy a llamarla así- tiene el tipo de belleza que sólo se puede admirar y apreciar en absoluto silencio, con mirada atenta y concentrada. De esta manera se nota la atención, casi maniaca, por los detalles, que son su manera de comunicar, de expresarse: las figuras monstruosas que sostienen a duras penas la balaustrada, los trece amorcillos que abrazan ávidamente los símbolos del poder, las sinuosas estatuas femeninas que representan los ideales de la Fe y la Fortaleza, el enorme rosetón decorado con hojas de laurel y bayas... no solo habla a través de ellos, sino que grita: "¡Miradme, estoy aquí, delante de vuestros ojos!" Pues los míos, en concreto, nunca la habían visto verdaderamente hasta ese momento. Nunca habían notado su orgullo por ser el símbolo de la victoria de los cristianos contra los paganos, de los débiles contra los fuertes, de un reino contra un imperio. Y nunca me había dado cuenta que sus ostentosas decoraciones intentan llenar su espíritu vacío. Ella -la Basilica de Santa Croce- representa el cuerpo y, al mismo tiempo, el alma de Lecce y de todo el sur. Mi sur, al que volví ayer. Cuando salí de la estación, estaba tan cansado por el largo viaje en tren que solo quería ir a mi piso para ducharme, colocar mi ropa en el armario y descansar un rato. Por eso, empecé a caminar con paso presuroso hacia la calle Luigi Cornacchia, sin fijar la atención en lo que me circundaba, como si hubiera vivido allí desde pequeño y conocido todos los rincones más escondidos y olvidados de la ciudad. Después de haber recorrido más o menos 700 metros, giré a la izquierda, en la calle Basilicata, donde se encontraba mi pequeño y acogedor piso. En ese preciso momento la ví con el rabllo del ojo y no pude, simplemente, ignorarla y proseguir mi camino. Cuando me dí la vuelta y empecé a mirarla con atención, me quedé sorprendido y sin habla. La había visto ya muchísimas veces pero no con la misma conciencia y el mismo estado de ánimo. De hecho, entendí una cosa muy importante mientras me perdía en su armónica estructura: tenía que comportarme como un turista que visita Lecce por primera vez. Sin ninguna prisa, sin prejuicios y sin dar por sentado mis conocimientos sobre la ciudad; solo tenía que fiarme de mi curiosidad y mis ganas de aprender. Ya no sentía el cansancio de antes, más bien una rara emoción que envolvía todo mi cuerpo y me hacía casi correr,

entusiasmado, hacia el estanco para comprar un mapa de la ciudad. El estanquero -un hombre bajito y un poco gordo, con la cara risueña y las mejillas tan grandes que escondían sus ojos marrones- me preguntó si era la primera vez que veía Lecce y yo mentí, contestando que sí, era la primera vez.

“Entonces, aquí tiene esta guía que incluye el mapa de la ciudad y una lista de los mejores bares y restaurantes donde puede comer nuestras especialidades, señor”. Hablaba en voz alta y aguda, como la mayoría de los meridionales, y no intentaba para nada esconder su marcado acento salentino que a mí siempre me ha transmitido alegría. “Si quiere ver la ciudad, le aconsejo que lo haga ahora mismo. ¡Hay que disfrutar de los días de sol!” “Esa era mi intención, señor. Muchísimas gracias” dije yo, sonriendo al tan amable estanquero.

“Pero, recuerde esto: una vez haya admirado cada monumento, cada casa y cada rincón de Lecce, será como enamorarse de nuevo”. Afirmó en tono solemne y con evidente orgullo.

“De eso no dudo. ¡Hasta luego!”

Tan pronto como salí del estanco, abrí la guía y me encontré con la página donde se describían los diversos itinerarios. Estaba muy indeciso porque, por un lado, quería visitar todo lo más posible para aplacar un poco mi entusiasmo pero, por el otro, sabía que era imposible ver toda la ciudad en menos de tres horas. Por eso, opté por la elección más factible: ir andando hasta Porta San Biagio y después repetir el mismo recorrido para regresar a casa. Después de haber echado una última ojeada a esa dama con las caderas de mármol, mi mirada se volvió hacia la izquierda, al palacio que la costea.



Los marcos de las ventanas se combinan con una armonía tan perfecta con las decoraciones exageradas y extravagantes de la basílica que todo el Palazzo dei Celestini parece ser una enorme salpicadura de color que hace que una obra artística como esa sea completa y única. Me di cuenta, muy a mi pesar, que no tenía el tiempo de mi parte, por eso intenté apresurarme y proseguir mi camino. Mientras caminaba, bajé la cabeza

hacia la guía y leí que el monumento más cercano estaba solo cinco minutos: habría podido coger un atajo y, de esta manera, pasar por Piazza Sant'Oronzo, pero preferí seguir las indicaciones escritas en esa página, como hacen los verdaderos turistas. Sin casi darme cuenta ya me encontraba en el Vial XXV Julio, mi destino estaba al final de esa calle. Aceleré el paso y después de pocos minutos lo ví desde lejos, escondido por unos árboles muy floridos.



A primera vista, puede dar la impresión de una rudimentaria fortaleza de piedra cuya sobriedad no tiene nada que ver con la suntuosidad de Santa Croce y de su acompañante (me gusta llamarlo de esta manera al Palazzo dei Celestini). Sin embargo, el gran emperador Carlos V, uno de los personajes más importantes de la historia europea, prefirió derribar los antiguos edificios de la basílica y del palacio para construir ese fragmento de la historia, precisamente aquí, en una pequeña ciudad del sur de Italia. Ese Castillo y su auténtica sencillez, demuestran cual debería ser el prototipo de la verdadera belleza. Deje que mis ojos lo admirasen unos minutos más y después me puse en marcha, con mi mejor amiga en la mano.

El siguiente monumento se encontraba en una plaza, lo que me hizo sonreír entusiasta, porque no hay nada mejor para el espíritu que estar en un lugar abierto y, al mismo tiempo, ser testigo con tus propios ojos de una obra artística. Terminé de recorrer la calle Francesco Rubichi y giré, enseguida, a la derecha, en la calle Vittorio Emanuele II. En ese momento, empecé a ir más despacio y a mirar los palacios y los balcones de las modestas viviendas.



Es evidente, que cada rincón en Lecce está lleno de arte, de historia y de cultura. ¿Por qué no me he dado cuenta de eso antes? He tenido que viajar al extranjero para entender verdaderamente el valor de mi ciudad... y me avergüenzo por eso. De todas formas, no era el momento para la melancolía. Tenía que disfrutar el tiempo que faltaba con alegría y felicidad. Mis tristes pensamientos me distrajerón lo suficiente para no darme cuenta que el monumento estaba ya delante de mí y yo pude solo abrir mucho los ojos al verla.



Me sentí como un pequeñísimo bicho, aunque no era un edificio muy grande. Algo maravilloso era la luz del sol que, precisamente, en ese momento abrazó toda la iglesia, Santa Chiara, poniendo de relieve todas sus cualidades, como el portal decorado con delicados motivos naturales y enmarcado por un tímpano extravagante, nada austero como los de la arquitectura romana que, además, está sostenido por una pareja de ángeles sonrientes. ¡De verdad, un espectáculo!

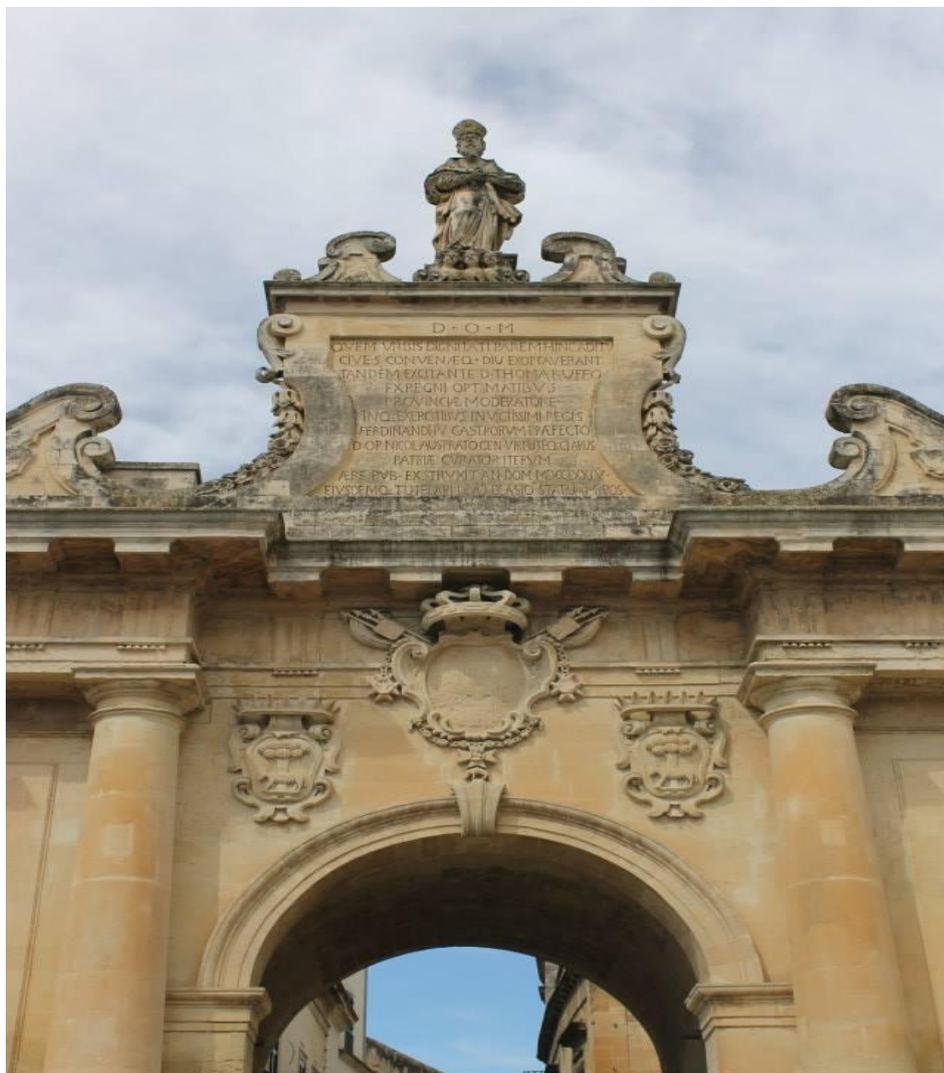
Mi paseo por la ciudad estaba casi llegando a su fin, sólo faltaban dos monumentos que, por suerte, se encontraban en la misma calle. El sol estaba por tramontar, por eso me apresuré y volví al comienzo de la calle Vittorio Emanuele II; después giré a la derecha, en la calle Augusto Imperatore. Me daba tristeza no poder gozar completamente de los edificios de esas callejuelas del casco antiguo, pero sabía que ése no era mi último día en la ciudad. Quizás nunca lo será. Seguí todo recto hasta la calle dei Perroni y desemboqué en una pequeña plaza donde ví esa imponente Iglesia, de un color blanquecino como la nieve.



Según lo que decía mi fiel guía, la Iglesia de San Matteo fue construida por Achille Larducci de Saló, el nieto del máximo representante del Barroco romano, Francesco Borromini. De hecho, para realizar la fachada, Larducci se inspiró en la de la iglesia de San Carlo alle Quattro Fontane, la primera obra maestra del arquitecto suizo-italiano. Sin embargo, digan lo que digan, el barroco leccese no puede ser comparado a ningún otro. Es el resultado original de la maestría y de la creatividad de grandes arquitectos como Giuseppe Zimbalo, Gabriele Ricciardi, Cesare Penna, Mauro Manieri, Giuseppe Cino...

Se puede notar con bastante evidencia no sólo en la adornadísima dama, la bella Santa Croce, sino también en obras “menores” y menos llamativas, como esa iglesia y la de Santa Chiara.

Menos vistosa, pero no menos importante, es esa austera y sencilla puerta, que surgió, a partir de los escombros de una antigua torre de defensa que protegía Lecce de las incursiones de los bárbaros y los piratas.



Sus imponentes columnas, en estilo dórico, y la estadaua del protector de Lecce, el famosísimo Sant’Oronzo, que parece casi tocar las nubes del cielo, dan la impresión que Puerta San Biagio sigue defendiendo a brazo partido la ciudad.

Encontré por fin mi objetivo: tenía que defender la honra de mi tierra, la misma honra que yo, testarudo, me empeñaba en no ver. No solo, tenía también que celebrarla a través de mis versos, sino permitir al mundo que la entendiese y la apreciase. ¡Eso es!

Ya no te aburro, mi querido amigo, siguiendo la descripción de lo que hice después y de mi noche pasada en claro para escribir. Solo tienes que saber que la ciudad consiguió darme la inspiración que tanto anhelaba y , sobre todo, el absoluto amor hacia mi patria, el Salento. Todavía tengo muchas cosas que ver, descubrir, saborear y aprender. Me

siento como mis primeros días en el país del flamenco y de la corrida, cuando Lorca – “pace all’anima sua”, como dicen aquí cuando nombran un difunto – me acompañaba durante mi paseos infinitos y me contaba anécdotas y leyendas sobre Andalucía, la cálida región que está en el sur de España y que me recuerda muchísimo la Apulia (Puglia). Ahora, no soy el mismo hombre, mi conciencia se ha abierto, tal como hicieron mis ojos desilusionados. Y con los mismos ojos y una nueva visión de lo que me circunda, voy a visitar Lecce, mi ciudad, mi madre, mi amante.

Un fuerte abrazo

Vittorio Bodini

CAMILLA VITULANO

IV C INTERNAZIONALE